

Nuestra conciencia regional

EVIDENTEMENTE que no ha existido nunca, ni existe ahora, una conciencia regionalista andaluza. Y para que ello sea así, se ofrece una razón histórica de peso: la conciencia regionalista brota y se desarrolla en aquellas clases sociales que pudiéramos calificar como de burguesía en ascenso, y en la medida en que sus intereses chocan con los centrales, buscan el camino de una cierta autonomía política regional como fórmula para mejor defenderlos. Pues bien, entre nosotros no ha existido esa burguesía en ascenso —esa burguesía progresista— que exigiese cambios que le beneficiasen. Entre nosotros han existido, práctica y políticamente, solamente dos clases sociales: por una parte, el capitalismo rural, latifundista, cuyos intereses radican exclusivamente en mantener la estructura dominante, coincidiendo con el poder central, y por otra, un proletariado campesino, cuya conciencia ha oscilado, con bruscos vaivenes, entre la resignación más fatalista y la rebeldía maximalista de una revolución anarquista *que estaba detrás de la puerta*. De aquí que, en definitiva, el andaluz haya sido siempre *universalista*, por no decir *universalista*, en la medida que sus intereses no los ha regionalizado, sino hecho coincidir con el resto de los españoles.

¿Acaso ha cambiado hoy estructuralmente esta situación? Pensamos que no. En Andalucía no existe una burguesía ascendente a no ser en el sector servicios, o en el sector de la construcción, pero no en el plano de una *producción* que exija defenderse y comercializarse frente al resto del país. De aquí que, a nuestro modo de ver, la conciencia regional andaluza sólo puede brotar a niveles de una *clase intelectual* que toma conocimiento del subdesarrollo en que la zona se encuentra. No puede esgrir-



JOSE AUMENTE

mirse, por lo tanto, con los caracteres de un regionalismo étnico, histórico, ni incluso cultural —utilizado como arma por una burguesía—, sino limitarse a un regionalismo socioeconómico, que toma conciencia de la peculiaridad de nuestros problemas. No, por lo tanto, de un regionalismo reivindicativo, y mucho menos *separatista*, sino de un regionalismo *solidario* —porque sabemos que nuestros problemas no pueden aislarse del resto del país— y de un regionalismo que preconice la autogestión política como único camino de hacer frente a nuestros problemas.

La toma de conciencia, pues, de nuestro regionalismo socioeconómico lleva implícito, por lo tanto, un percatarse de en dónde están las *causas* de nuestro subdesarrollo y un juzgar, por otra parte, si éstas son específicamente nuestras.

En el primer aspecto todos sabemos que el más cómodo y fácil recurso para explicar el subdesarrollo de una región es atribuirlo a factores climáticos y geográficos. Pero cuando ello resulta inaplicable, porque las tierras del sur no son tan áridas, y los factores climáticos tampoco son lo suficientemente duros como para culparlos en demasía (aparte de que ambos elementos —está demostrado históricamente— nunca son por sí solos determinantes, entonces lo más soportado es fijar la atención en los factores étnicos o raciales. Y de este modo surge la famosa hipótesis de ORTEGA, en su *Teoría de Andalucía*.

COMO es sabido, ORTEGA publica en 1927, en el periódico *El Sol*, su ensayo sobre Andalucía. Habría que insistir en dicha fecha, porque ya llevaban muchos años de vigencia en el mundo los descubrimientos del materialismo histórico. En dicho ensayo, comparándonos con los chinos —que por cierto han salido de su *sueño*— y contradicho las tesis de ORTEGA— describe la esencia del andaluz como constituida por su *ideal vegetativo*. Para ORTEGA, el andaluz tiene como norma de vida la ley del *mínimo esfuerzo*. El andaluz afirma, *«reduce al mínimo la reacción frente al medio porque no ambiciona más y vive sumergido en la atmósfera deliciosa de un vegetal. La solución del andaluz —dice— es profunda e ingeniosa. En vez de aumentar el haber, disminuirse el debe; en vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia»*. Por lo que ya tendríamos, de este modo, fácilmente resuelto el problema: el atraso secular de Andalucía se debería a esta raza andaluza, indolente, perezosa, que se conforma con poco. Y frente a esta supuesta realidad, muy poco se puede ha-

cer, ya que los factores raciales son ineluctables, y contra ellos no se puede luchar.

Por supuesto que esta inculcación a factores raciales del atraso de una región no sólo es falsa, sino además, políticamente reaccionaria, incluso fascista. Pocas ideas han sido tan nefastas para nosotros andaluces como esta teoría de ORTEGA, que encandiló a los intelectuales de su tiempo, y acalló la conciencia de gobernantes y poderosos. Y es que cuando se busca la esencia de las cosas por métodos intuitivos, no sólo se acaba trivializando los problemas más serios, sino, lo que es peor, se los enmascara, se los oculta, se los engaña. Así ha ocurrido posteriormente con otros autores, como por ejemplo Julián MARÍAS, HALCÓN o PEMÁN. Todos han contribuido culturalmente a mitificar la imagen de Andalucía, y en esta tarea tampoco los poetas se han quedado atrás, salvo la honrosa excepción de ANTONIO MACHADO. El hecho es que la España de charanga y pandereta ha tenido entre nosotros su más exuberante expresión, y que la mitología folklórica ha obstruido cualquier posibilidad de luz. Como afirma CARO BAROJA, «son poetas españoles, pintores españoles, arquitectos españoles los que crearon esta imagen de Andalucía empalagosa y banal que hoy nos molesta y que a los españoles les toca borrarla para siempre». Yo diría que es tarea fundamental de nosotros mismos, los andaluces.

SE impone, pues, a la altura de 1974, que los andaluces tomemos una clara conciencia de nuestros problemas, y que sepamos a ciencia cierta en dónde está la raíz de nuestros males. Y en este sentido, la primera aclaración que importa dejar sentada de una vez y para siempre es que la verdadera causa de nuestro atraso no hay que buscarla en la geografía o en el clima; y por supuesto, mucho menos en unos negativos caracteres de nuestra raza. La única y verdadera raíz está en la historia; en la historia de nuestros condicionamientos socioculturales y económicos. Aun suponiendo que los andaluces fuésemos de tal o

cual forma, es porque han existido —y aún existen— unas circunstancias económicas y sociales que nos han forzado a comportarnos así.

NO vamos a repasar —por que sería impropio de esta breve nota— cuáles son y cómo se han originado estos condicionamientos, pero sí a señalar que probablemente el más importante, quizá el definitivo, esté constituido por la existencia de un régimen de propiedad de la tierra que ha persistido y persiste, con inconcebible constancia, sin que ningún régimen político haya conseguido hasta ahora modificarlo. La interesante experiencia de los intentos de reforma agraria realizados durante la II República, perfectamente descritos en el libro de E. MALEFAKIS *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XIX*, es realmente aleccionadora en este sentido. Como afirma este autor, «la historia del Sur de España a partir de 1850 es la historia de unos hombres que trataron de revisar —o de destruir— una estructura de la propiedad que otros hombres —y no la geografía— habían creado en siglos anteriores». Y no lo consiguieron. A partir de 1939 se dieron por vencidos, y optaron unos por la emigración masiva, y otros por la enajenación mítica o folklorizante, por engañarse en la incipiente sociedad de consumo. El resultado es que Andalucía sigue con la misma estructura de propiedad agraria, una escasisima capitalización del campo, un subdesarrollo que se ahonda en relación al resto del país (renta per capita, nivel de ingresos, nivel de cultura, nivel de equipamiento), una fuerza de trabajo que produce fuera de la región un capital que se invierte en otras zonas. Y es que se ha demostrado que el sistema capitalista exige siempre que el crecimiento de unas zonas o regiones se realice siempre a costa de la explotación de otras; la capitalización de las primeras supone la explotación de las últimas.

Andalucía, a partir de unas situaciones dadas de subdesarrollo, a partir de unas relaciones de propiedad agraria que son de

tipo precapitalista, se constituyó en el pariente pobre ideal para que el mejor situado se aupara aún más. Hemos dado mano de obra barata, hemos dado capital, y posteriormente incluso hemos dado divisas por la emigración exterior y el turismo.

PERO aun así, nuestra conciencia regionalista no implica agresividad o rechazo frente a otras regiones. Nuestra conciencia regionalista radica solamente en una toma de conciencia de la especificidad de nuestros problemas. Nuestra conciencia regional es plenamente concededora de que es el sistema socioeconómico en su conjunto —el sistema capitalista vigente—, a quien hay que atribuir el círculo infernal de nuestro atraso. Y ello porque sabemos que en tanto siga siendo el elemento rector del desarrollo económico, las fuerzas del lucro y del mercado será imposible salir del círculo vicioso que nos atenaza. Mientras tanto, y como dice COMÍN, «las políticas complementarias que se proponen —política fiscal, de seguridad social o de educación— no lograrán compensar los efectos de acumulación de los bienes sociales en pocas manos y la desigualdad que el libre juego de aquellas fuerzas provocan».

En definitiva, que se trata de confiar más en las medidas directas de distribución de la renta, y mucho menos en las repercusiones indirectas que pueden derivarse de una mayor productividad y un aumento global de las riquezas. Los andaluces debemos hoy ser conscientes de que solamente una planificación económica racional y científica, que transforme estructuralmente todo el panorama nacional puede situarnos en el verdadero camino de nuestro desarrollo. Sabemos que no podemos desarrollarnos ni al margen ni en contra del resto de España. De aquí que nuestro regionalismo sea *solidario* —insisto—, aunque consciente de la especificidad de nuestros problemas, y al mismo tiempo sabiendo que necesitamos órganos propios, autónomos y auténticamente representativos, que canalicen y hagan valer todo el conjunto de nuestras necesidades regionales. ■

Muebles con cara de buenos



GRATIS
traslado y montaje

**GALERIAS
SAN CARLOS**

**GS
C**

Castilla, 47 - Teléfono 333539

LA OTRA CARA DEL MUEBLE